

como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero asistir á la misa como hubiera asistido en el Calvario á la muerte de Nuestro Señor.

» ¿quién pelea y conquista por mí? ¿Dónde estan los cortesanos de mi infortunio?  
» ¿Piensan en mí? ¿Quién se agita por mí en Europa? ¿Quién me ha permanecido fiel? ¿Dónde están mis amigos? Si, dos ó tres, cuya lealtad os inmortaliza,  
» participais de mi destierro. »

La voz del Emperador tomó entonces un acento de irónica melancolía y de profunda tristeza: « Si, nuestra existencia ha brillado con todo el esplendor de la dignidad y de la soberanía, y la vuestra, general, reflejaba este brillo como la cúpula de los Inválidos refleja los rayos del sol... Pero llegaron los desastres, y el oro se fué borrando poco á poco: la lluvia de la desgracia y de los ultrajes en que me han abismado se lleva cada día las últimas partículas. Ya no somos mas que plomo, general, y bien pronto seré tierra.

» ¡Tal es el destino de los grandes hombres, el de César y Alejandro! Se nos olvida, y el nombre de un conquistador, como el de un emperador, no es mas que un tema de colegio! Nuestras hazañas caen bajo la férula de un pedante que nos ensalza ó nos insulta!... Dentro de poco esta será mi suerte y lo que va á sucederme á mí mismo... Asesinado por la oligarquía inglesa, muero antes de tiempo, y mi cadáver va á ser tambien devuelto á la tierra para pasto de gusanos... Hé aqui el próximo destino del gran Napoleon... ¡Qué abismo entre mi miseria profunda y el reinado eterno del Cristo, predicado, incensado, amado, adorado y vivo en todo el universo!... ¿Es esto morir? ¿No es mas bien vivir? » ¡Hé aquí la muerte del Cristo! ¡hé aquí la de Dios! »

El Emperador calló, y como el general guardaba igualmente silencio, añadió Napoleon: « Si no comprendéis que Jesucristo es Dios, veo que cometí un error al haceros general!... »

<sup>1</sup> Opinión de Napoleon sobre Jesucristo, c. 4. — Esta magnífica defensa está compuesta de los diferentes pensamientos emitidos por el Emperador en varias conversaciones.

## LECCION VIII.

### VIDA GLORIOSA DEL MESÍAS.

El Salvador se manifiesta únicamente á testigos escogidos, y por qué. — Se aparece á Simon Pedro, — á Santiago el Menor, — á los dos discípulos de Emaús, — á los Apóstoles reunidos, — á Tomás. — Les da á entender las Escrituras. — Explicación sobre los milagros.

Al sacar el Salvador su cuerpo de manos de los Judíos, les habia probado su resurreccion. Esta prueba era para ellos sin réplica, porque siendo dueños de su cuerpo era forzoso, ó que lo presentasen despues del tercer dia, ó que confesasen que habia resucitado. No podian evadirse de esta alternativa induciendo á que testigos dormidos dijesen que habia sido robado, y hubiera sido preciso probar jurídicamente el robo y castigar á sus autores y cómplices, lo cual ni aun trataban de intentar, porque semejante proceder solo podia servir para confundir á los que hubieran tratado de hacerlo.

Me preguntaréis tal vez ¿por qué el Salvador no se hizo ver á los Judíos, á la Sinagoga y á toda la ciudad de Jerusalén despues de su resurreccion para confundir su incredulidad? Respondemos 1º. que no estaba obligado á hacerlo. En efecto, ¿á quién se cree que el Salvador estaba obligado á manifestarse con tanta evidencia? ¿Al cobarde Gobernador que le habia condenado contra su conciencia? ¿Al ligero y voluptuoso Herodes que de él se habia mofado? ¿Á los Sacerdotes, Doctores y Fariseos que no habian cesado de perseguirle con sus calumnias é intrigas hasta que lo llevaron al Calvario? ¿Á aquellos Judíos furiosos, colmados de sus beneficios, que habian pedido á grandes voces su muerte, y deseaban que su sangre cayese sobre ellos y sobre sus hijos? ¿Cómo habian merecido todos aquellos hombres tan criminales el beneficio de su aparicion? ¿No habia hecho, pues, bastante por su salvacion? ¿Es razonable pretender que Dios debe derramar sus gracias con mas abundancia, á medida que nos hacemos mas indignos de ellas, y multiplicar las pruebas de la fe, á medida que mas resistencia les oponemos?

Los hombres irreflexivos quisieran que en cierto modo hubiera obligado á sus enemigos al silencio con el irresistible brillo de su presencia gloriosa; y esto es precisamente lo que no queria. Aunque quiere que la fe sea motivada para ser razonable, tambien quiere que sea libre para ser meritoria; es deudor á todos de pruebas suficientes;



pero aquel que recibe menos de esta especie no tiene derecho de quejarse y exclamarse que es injusticia el que otro haya recibido mas. Preguntais ¿por qué el Salvador resucitado no se apareció á toda la ciudad de Jerusalem, á la Sinagoga y á todos sus enemigos? Y yo os preguntaré, ¿por qué no se apareció en Roma, en Corinto, en Éfeso y en todos los puntos donde su resurreccion se predicó y se dió por base de su religion? Y las preguntas de esta clase no se apurarían jamás <sup>1</sup>.

Respondemos 2º. con san Crisóstomo, que su manifestacion hubiera sido inútil á los Judíos, y que si hubiera podido convertirlos no se les hubiese rehusado; pero prueba todo lo contrario lo que sucedió despues de la resurreccion de Lázaro. En efecto, un milagro tan notable como el de arrancar del sepulcro á un muerto sepultado cuatro dias hacia con todas las señales de la corrupcion; hacerlo aparecer vivo á los ojos de todo un pueblo con los lazos en que aun estaba envuelto, en vez de convertirlos no hizo mas que aumentar su furia, pues por este mismo motivo resolvieron dar muerte al Salvador. Si no le habian perdonado la resurreccion de otro, ¿le hubieran perdonado la suya? Es indudable que nada podían sobre su persona, pero su odio implacable no hubiera dejado de tramar un nuevo deicidio. Su conducta con los Apóstoles es una prueba; hiciéronles azotar y dar muerte cuando pudieron; y si trataban de este modo á los discípulos, ¿hubieran respetado al Maestro? Así pues, ¿para qué exponerles á un nuevo atentado? Los castigos que habian merecido eran ya bastante graves, y el Salvador les evita otros castigos ocultándose á sus miradas <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Pero ¿no podrá decirse con Juan Jacobo Rousseau: «Tengo noticia de este milagro, lo mismo que de los otros, tan solo por la fe de los hombres? ¿Quién ha visto este milagro? Hombres. ¿Quién me lo cuenta? Hombres; siempre hombres entre Dios y yo. ¿No era mas sencillo que él mismo me hablase?»

Es propio de un sofista orgulloso tomar este tono de insulto hácia el Dios que le dió el ser y el talento de que abusa para blasfemar contra él. ¿Cómo sabia Juan Jacobo la existencia de César, sus conquistas y su fin trágico, sino por el testimonio de las generaciones, intermediarias durante diez y ocho siglos? Entre estos acontecimientos y él median muchos hombres; ¿se creará por esto dispensado de creerlos, ó mas bien no se considerará como un loco en no creerlos? Hubiera querido que Dios le hablase, ¿y por qué á él mas bien que á otro cualquiera? ¿pensaba que el fuego de su imaginacion era un título de preferencia á los ojos de aquel que aprecia ante todo la inocencia y la virtud? ¿Fuera preciso por consiguiente que Dios se manifestase por medio de revelaciones particulares á todos los individuos de la especie humana, que trastornase todo el orden natural de las cosas, que multiplicase sin fin los milagros, y los hiciese diarios y tan comunes, que careciendo ya del esplendor y fuerza de los milagros, fuesen inútiles? Porque en esto pararian las pretensiones de una loca y orgullosa sabiduría. Mr. Frayssinous, *Conferencia sobre la resurreccion.*)

<sup>2</sup> S. Chrys. Cur in Pentecost. Acta leguntur. Véase á Mr. Guillon, t. XIV, pág. 464, y á Orígenes, t. II, pág. 88, 89.

Respondemos 3º. que les manifestó suficientemente su resurreccion por medio de sus discípulos. En efecto, el testimonio de los Apóstoles, sostenido por ruidosos milagros, les proporcionaba una prueba incontestable, y con sus propios milagros los Apóstoles hacían pública la resurreccion de su Maestro, y la ponían en cierto modo á la vista de la nacion. ¿No se mostraba el Salvador resucitado en medio de los Judíos siempre que sus Apóstoles hacían en su nombre, y por el poder que de él habian recibido, algunos de esos milagros que leemos en su historia? Quiso manifestarse por medio de ellos á los Judíos; por medio de ellos se manifestó al universo; por su testimonio continuado al través de los siglos se manifiesta aun á nosotros, y por su autoridad se han convertido todos los pueblos. ¿Qué faltaba á los Judíos para imitarlos?

Conclusion: El Salvador manifestó su resurreccion á testimonios irrecusables, y conocemos su testimonio que ha convencido al universo. ¿Qué mas falta para probar que somos prudentes en nuestra creencia, é indignos de excusa en nuestra incredulidad?

Sin embargo el Salvador, que destinaba á sus Apóstoles para predicar su resurreccion por toda la tierra y confirmarla con su muerte, quiso convencerlos plenamente mostrándose á ellos, y entregándose, por decirlo así, en sus manos, pues hasta les permitió que tocasen sus miembros sagrados. Pero no les condujo, sino por grados, del estado de incredulidad en que se hallaban primero, hasta aquella fe inmutable que comunicaron al mundo entero, y que acabaron por sellar con su sangre. La primera prueba que les dió fué el relato de las santas mujeres y el ver su sepulcro abierto con la circunstancia de los lienzos allí dejados y el sudario plegado, lo cual desvanecía toda idea de raptó furtivo. Despues se apareció á algunos en particular, en seguida á los once reunidos, y entonces fué cuando les permitió que le tocasen, y comió con ellos. Finalmente, se hizo ver á mas de quinientos hermanos al mismo tiempo <sup>1</sup>. Vamos á mentar algunas de estas apariciones empezando por las particulares.

Antes que todos los demás, tuvo Simon Pedro la dicha de contemplar á su divino Maestro resucitado <sup>2</sup>; fué el domingo mismo de la resurreccion, pero se ignora el momento, el lugar y las circunstancias. Su penitencia hizo olvidar su falta, y lejos de ser rechazado, no se vió menos favorecido, pues que fué el primero de los Apóstoles á quien se hizo ver el Señor. Dios perdona como Dios, es decir, perfectamente, y ama y acaricia al pecador como si de él no hubiera recibido ofensa alguna. La adquisicion de una verdad tan consoladora

<sup>1</sup> I Cor. xv, 6.

<sup>2</sup> Se cree como cierto que la Virgen santísima fué la primera á quien visitó Nuestro Señor. (Véase Canisius, *De Maria Deipar.*)



hace que no se pierda todo el fruto de esta aparicion cuyos pormenores ignoramos.

Aparecióse tambien particularmente á Santiago el Menor, llamado el hermano del Señor, de quien era próximo pariente segun la carne. La aparicion siguiente la acompañaron circunstancias muy notables, y en vano se buscaria nada mas sencillo é interesante que el relato de esta nueva aparicion.

El mismo dia de la resurreccion por la tarde, dos discípulos iban á una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalem sesenta estadios; cerca de dos leguas, y hablaban acerca de cuanto acababa de suceder. Duraba aun su conversacion cuando se reunió con ellos un viajero; era el mismo Salvador que se puso á andar á su lado; pero los ojos de los discípulos estaban velados para que no le reconociesen.

Les dijo: ¿Qué estábais hablando ambos mientras andábais, y por qué motivo os yeo tan tristes? Uno de los dos, que se llamaba Cleofás, respondió: ¿Cómo! ¿eres el único extranjero en Jerusalem que ignore lo que ha pasado estos dias? ¿Y qué ha pasado? les dijo. Respondiéronle: Lo que ha sucedido con Jesús de Nazareth que era un Profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados le entregaron á los gentiles para ser condenado á muerte, y le han crucificado. Su muerte nos ha llenado de sorpresa y consternacion, porque esperábamos que seria él quien libertaria á Israel del yugo de los extranjeros; y lo que pone el colmo á nuestra tristeza es que hace ya tres dias que han sucedido estas cosas. Es verdad que algunas mujeres de las que como nosotros habian abrazado su doctrina nos han asombrado sobremanera, pues han estado antes de amanecer en su sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, han venido á contar que ellas mismas han visto Ángeles que dicen que es vivo. Algunos de los nuestros han ido tambien al sepulcro, y han hallado que era cierto lo que decian las mejeres, han visto el sepulcro abierto y los lienzos en que estaba envuelto el cuerpo, pero no han encontrado el cuerpo.

Así pues, los dos discípulos no sabian aun lo que debian creer, y flotaban entre el temor y la esperanza. El Salvador, que les habia escuchado hasta entonces sin interrumpirles, les dijo con un tono que debió sorprenderles: ¡Hombres de poco sentido, hombres tardos en creer los oráculos de los Profetas! ¿No era preciso que el Cristo padeciera de ese modo y entrara así en su gloria? Principiando entonces por Moisés y recorriendo despues todos los Profetas, les explicó lo que se habia dicho de él en todas las Escrituras. Su reprension y su doctrina hubieron debido descubrirle, pero no lo permitió. Llegaron en tanto cerca de la aldea de Emaús, á donde iban, é hizo ademán de pasar adelante, pero le obligaron á detenerse, diciendo: Perma-

neced con nosotros, porque se hace tarde y el dia está ya espirando. Entró, pues, y mientras estaba en la mesa con ellos, tomó el pan y lo bendijo, y haciéndolo pedazos, se lo presentó, es decir, que los comulgó por su mano<sup>4</sup>. Abriéronse entonces sus ojos, y le reconocieron; pero desapareció dejándoles en el alma la plena y completa conviccion de que era él, y que verdaderamente habia resucitado. Sobre lo cual se decian uno á otro: ¿No estaba nuestro corazon inflamado dentro de nosotros cuando nos hablaba durante el camino y nos explicaba las Escrituras?

Llenos de este fuego sagrado se levantaron al momento y volvieron á Jerusalem, donde encontraron á los Apóstoles reunidos con cierto número de discípulos que decian: El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido á Simon. Ellos contaron por su parte lo que habia pasado en su viaje, y como le habian reconocido al partir el pan. ¡Oh! sí, en la fraccion del pan, en la mesa santa se reconoce el Salvador!

Estaban hablando aun de esto cuando apareció Jesús. Las puertas estaban cerradas por temor á los Judíos, y el Salvador, para dar á conocer á sus discípulos que verdaderamente habia resucitado para no morir mas, y que por lo mismo su cuerpo tenia todas las cualidades de los cuerpos gloriosos, penetró las puertas sin abrirlas, y se presentó súbitamente en medio de ellos, saludándoles con estas tiernas palabras: La paz sea con vosotros; soy yo, no temais. Les acusó de no haber creído á los que le habian visto resucitado; mas como en la turbacion y el espanto en que se hallaban creian ver un espíritu, les dijo: ¿Por qué esa turbacion y ese espanto? ¿Por qué os acuden esos pensamientos? Ved mis manos y mis piés; yo mismo soy: tocad y ved: un espíritu no tiene carne ni hueso como veis que yo tengo. Despues de decir esto, les mostró sus manos y piés y su costado.

Los discípulos al ver al Señor se llenaron de alegría; pero como en medio de su gozo no tenian aun una creencia bien segura y estaban asombrados, les dijo: ¿Teneis algo que comer? Presentáronle un pedazo de pescado asado y un panal de miel. Comió, y tomando lo que quedaba, tuvo la bondad de distribuirlo á sus discípulos en calidad de Padre y de Maestro. Así acostumbraba hacerlo durante su vida mortal cuando comia y bebia con ellos.

Faltaba aun un incrédulo que convencer, y era Tomás, llamado tambien Dídimo, uno de los doce Apóstoles, el cual no se hallaba con ellos cuando vino Jesús. Los demás discípulos le dijeron, pues: Hemos visto al Señor; pero él les respondió: Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de ellos, y mi mano en la herida de su costado, no lo creeré. Esto era tratar de im-

<sup>4</sup> Esta es la opinion de San Jerónimo, de san Augustin, Teofilacto, etc.



poner la ley á su Maestro, y nadie era menos digno de semejante favor que el que se atrevia á exigirlo ; pero aquel amable Maestro no quiso escuchar mas que su bondad y enseñarnos hasta dónde puede llegar su adorable condescendencia.

Y al cabo de ocho dias , hallándose los discípulos aun en la casa y Tomás con ellos, vino Jesús, estando las puertas cerradas, y poniéndose en medio de ellos les dirigió su saludo acostumbrado : La paz sea con vosotros. Y despues dijo á Tomás : Mete aquí tu dedo y mira mis manos ; acerca la tuya y ponla en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel. Tomás exclamó : ¡ Señor mio y Dios mio ! Jesús le dijo : Porque me has visto, Tomás, me has creído. ¡ Bienaventurados los que no vieron y creyeron !<sup>1</sup>

Esto era, al parecer, llevar la condescendencia hasta el exceso ; pero el Salvador no creyó hacer demasiado para poner al abrigo de todo ataque la fe de su resurreccion en el alma de los que disponia para ser sus predicadores y mártires, y para que fuese auténtica la verdad de un misterio sin el cual, como advierte uno de sus Apóstoles, nuestra fe seria vana y burladas nuestras esperanzas. Para confirmar mas y mas la certeza de este milagro, fundamento de todo el Cristianismo, el Salvador multiplicó sus apariciones durante los cuarenta dias que permaneció aun sobre la tierra. Sus dos ocupaciones consistieron entonces en probar á sus Apóstoles que verdaderamente habia resucitado, y en enseñarles á fondo su doctrina.

Hasta el dia de su ascension no cesó de aparecérselos, ora á orillas del mar de Tiberiades, donde hizo que sacasen una pesca maravillosa y comió con ellos, ora en un monte de Galilea, otra vez aun en Jerusalem, y finalmente en el monte de los Olivos, desde donde subió al cielo en su presencia. Por su parte los Apóstoles no dejaron de oponer dificultad alguna ni de hacer las pruebas que desearon ; cedieron tan solo á la última evidencia, y Dios permitió su incredulidad porque debia servir para la fe de todos los siglos<sup>2</sup>.

Además de sus apariciones, el Salvador hizo en presencia de sus discípulos muchos otros milagros que no están escritos en este libro ;

<sup>1</sup> Ver y creer son dos cosas bien diferentes : se cree lo que no se ve, y no se cree lo que se ve. De modo que santo Tomás, que vió y tocó á Jesucristo resucitado, no tuvo, propiamente hablando, la fe de su resurreccion, y nosotros la tenemos creyendo la resurreccion de Jesucristo sin haberla visto. Por lo cual declara Jesucristo que somos mas felices que Tomás, y hasta que todos los demás Apóstoles, los cuales no creyeron la resurreccion de Jesucristo sino por el testimonio de sus ojos y de sus manos. Sin embargo, Tomás hizo un acto de fe excelentísimo al confesar la divinidad de su Maestro, porque no la veía, y solo podia conocerla como san Pedro por medio de la revelacion del Padre celestial.

<sup>2</sup> Dubitatum est ab illis, ne dubitaretur à nobis. (S. Leo, Serm. LXXI de ascens. Domini, 1, c. 1.)

pero han sido escritos estos para que creais que Jesucristo es el Hijo de Dios, y para que creyendo goceis la vida en su nombre.

Cuando el Salvador vió á sus discípulos y Apóstoles plenamente convencidos de su resurreccion, les dirigió justas reprensiones por su prolongada incredulidad. ¿ No es eso, les dijo, lo que os decia estando con vosotros antes de mi Pasion, que era preciso que se cumpliera al pié de la letra todo lo que hay escrito de mí en la ley de Moisés, en los Profetas y los Salmos ? ¿ No está escrito que era preciso que el Cristo padeciera de esta suerte, que resucitara al tercer dia, y que entrara así en su gloria ? ¿ No está tambien escrito que despues de su resurreccion será preciso predicar en su nombre por todo el universo la remision de los pecados, empezando por Jerusalem ? Vosotros que habeis sido testigos de mi vida, de mi muerte y de mi resurreccion, quedaréis encargados de esta empresa. Al mismo tiempo abrió el espíritu de sus Apóstoles á la inteligencia de las Escrituras.

Todo lo que precede nos ha demostrado que, despues de su resurreccion, la vida del Salvador fué muy diferente de la que habia llevado hasta su muerte ; estaba libre de todas las necesidades del cuerpo, y no se mostró mas á los malvados que le habian dado muerte. Modelo del hombre en todo, queria enseñarnos cuál debe ser nuestra vida despues de nuestra resurreccion á la gracia : nuestra resurreccion debe ser como la suya verdadera, pública y constante, y siendo así, nuestra vida será como la suya coronada por una ascension gloriosa en el cielo.

Siendo la resurreccion del Salvador, cuya historia acabamos de contar, el mayor de los milagros, el que confirma todos los demás, y el que sirve de principal base á la Religion, nos parece conveniente decir ahora algunas palabras sobre los milagros en general. No habiendo omitido nada la impiedad para embrollar este punto esencial, es deber nuestro reducirlo á su mas sencilla expresion. Dos ó tres preguntas bastan para conseguirlo.

1º. ¿ Qué es un milagro ? Un acontecimiento contrario á las leyes de la naturaleza, y que solo puede ser efecto de la omnipotencia de Dios. Así pues, parar el sol en su curso ; alimentar millares de personas con cinco panes y dos peces ; restituir con una palabra, ó tocando simplemente, la vida á los muertos, la vista á los ciegos de nacimiento, la fuerza y el movimiento á los paralíticos ; andar sobre las aguas ; calmar las tempestades sin dejar ninguna señal de agitacion en las ondas : hé aquí otros tantos milagros, porque son acciones contrarias á las leyes de la naturaleza, y que solo Dios puede obrar, ó aquellos á quienes da poder.

2º. ¿ Puede Dios hacer milagros ? Es lo mismo que preguntar si Dios puede derogar las leyes que ha establecido. « Esta pregunta, » responde un famoso incrédulo, seria impía, si no fuera absurda ; y



» al que la resolviera negativamente, se le haria demasiado honor con » castigarle, pues bastaria el que le encerrasen. Pero ¿qué hombre ha » negado jamás que Dios puede hacer milagros? »

3º. ¿Ha hecho Dios milagros para probar la verdad de la religion cristiana? Sí, Dios los ha hecho y muchos por medio del Salvador y de los Apóstoles, y estamos de ellos mas seguros que de los acontecimientos mas célebres y constantes de la antigüedad. ¿Por qué?

4º. Porque nos los afirman mayor número de testigos, y el mundo entero los ha creído, como creemos en la existencia del sol, pues á causa de estos milagros se ha convertido; 2º. porque los afirman testigos mucho mas dignos de fe; mas de once millones de Mártires han muerto por defender su verdad. ¿Hay acaso algo que merezca mas confianza que testigos que se dejan matar? Así pues, el famoso incrédulo que hemos citado no ha podido menos de exclamar: « Los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos atestiguados » que los de Jesucristo. El Evangelio tiene caracteres de verdad tan » grandes, tan notables y tan perfectamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que el héroe. »

4º. ¿Prueban los milagros la verdad de la Religion en cuyo favor se hicieron? Sí, y de un modo incontestable. Efectivamente, solo Dios puede hacer milagros, y Dios es la misma verdad: luego no puede hacer milagros para autorizar la mentira. Pues bien, Dios ha hecho un gran número de milagros para probar la verdad de la religion cristiana: luego la religion cristiana es verdadera, la única verdadera, pues ella únicamente puede citar milagros en su favor; luego el único medio de salvarse es creer en ella y practicarla fielmente.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que, para fortalecer nuestra fe, se dignó permanecer cuarenta dias en la tierra con sus Apóstoles despues de su resurreccion; haced que nuestra resurreccion á la gracia sea verdadera, pública y constante para que merezcamos subir con él al cielo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero evitar todas las malas compañías.

1 J.-J. Rousseau, *Cartas de la Montaña*.

LECCION IX.

EL MESÍAS REPARADOR DEL MUNDO.

Quita el pecado con relacion á Dios, con relacion al hombre, con relacion á las criaturas. — Humillaciones infinitas, padecimientos infinitos, obediencia infinita. — Necesidad de nuestra union con Jesucristo, el nuevo Adán.

Cuarenta siglos de promesas, figuras, profecías y preparaciones literalmente cumplidas en Nuestro Señor forman la magnífica demostracion de que el Niño de Belen es efectivamente el Mesías anunciado al género humano, y esperado por todas las naciones desde el principio de los siglos. Hé aquí lo que hemos visto en todas las lecciones que preceden. Añadid á esta prueba sin réplica este hecho incontestable y no menos decisivo, á saber: que despues de la venida de Jesucristo cesó en todos los pueblos la expectacion universal de un Reparador, porque todos han reconocido en Jesucristo el objeto de sus deseos y esperanzas. De lo cual debemos deducir que, ó todos los pueblos, instruidos por las profecías y por las tradiciones antiguas, se han engañado, ó que Nuestro Señor es verdaderamente el Mesías esperado por el género humano. En este acuerdo unánime solo foman una excepcion los Judíos; pero hasta su misma incredulidad está en favor nuestro, pues estaba escrito que desconocerian al Mesías, de modo que si hubiesen reconocido como tal á Nuestro Señor Jesucristo, no seria el Mesías prometido á sus padres.

La vida, la muerte y la resurreccion de Jesús nos han nostrado con qué plenitud, y por decirlo así, con qué superabundancia cumplió la grandiosa mision del Mesías. Es inútil, sin embargo, explicar mas circunstanciadamente este punto fundamental; el conocimiento mas profundo y claro de la Religion, y especialmente un amor mas vivo y un reconocimiento mas sincero hácia el Salvador serán el fruto de este nuevo estudio.

¿Cuál era, pues, la mision de este gran Liberator tantas veces anunciado, tan magníficamente vaticinado, y esperado con tanta impaciencia? La razon, los Profetas, Juan Bautista mas que profeta, se reunen para respondernos que la obra del Mesías era quitar el pecado del mundo. Todos los pueblos habian conservado el recuerdo de la falta primitiva: *Dios está irritado contra nosotros*. Hé aquí el dogma terrible que proclaman las expiaciones de toda especie y hasta los sacrificios humanos, cuyo uso ha dado la vuelta al mundo. Cuando las